

**“Como si la tierra temblara”: dos versiones de la Noche Triste
en las crónicas mestizas**

María Inés Aldao

El abordaje crítico de las crónicas mestizas¹ comete a veces el error de considerarlas un grupo de textos que reiteran perspectivas ideológicas, retóricas y temáticas, como si sus autores (en su mayoría, mestizos, pero no exclusivamente) tuviesen la misma mirada sobre los pueblos amerindios, la llegada de los españoles, la evangelización o los distintos episodios relativos a la conquista de América. Sin embargo, si bien algunas de estas crónicas pueden resultar en ciertos niveles similares (nunca idénticas) a las de tradición occidental, las diferencias con estas y entre sí son innumerables y requieren de una lectura atenta.

Como ejemplo de esta disimilitud, en este trabajo tomo un episodio significativo de la conquista de México, la llamada Noche Triste,² en dos crónicas mestizas: *Historia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo,³ escrita entre 1584 y 1592 e *Historia de la conquista* de Cristóbal del Castillo,⁴ finalizada hacia 1599. Propongo un análisis contrastivo que atienda al

¹ Tomo este concepto de Martin Lienhard, para quien las crónicas mestizas “casi independientemente del origen étnico de sus autores (indígenas, mestizos, españoles), reelaboran materiales discursivos o reales de la historia americana a través de unos procedimientos narrativos (verbales y/o pictográficos) de tradición heterogénea: indígena y europea” (“La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (17), 105-115, 1983, p. 105).

² El sintagma “Noche Triste” aparece por primera vez en la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara: “Fue aciago el día, y la noche triste y llorosa para nuestros españoles y amigos” (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007, p. 269) y remite a la fallida huida de México por parte de los españoles que significó su derrota a manos del ejército mexica. Tuvo lugar entre la noche del 30 de junio y la madrugada del 1 de julio de 1520, en las afueras de Tenochtitlán, hoy Ciudad de México.

³ Diego Muñoz Camargo, nacido en Tlaxcala en 1529 y fallecido en 1599 (?), escribe en principio la *Descripción de la cibdad y provincia de Tlaxcala*, obra que le fue encargada por nobles tlaxcaltecas y que responde a la Instrucción y Memoria distribuida por el Consejo de Indias en 1577. El mismo Muñoz entrega en mano a Felipe II su texto en 1585. Esta obra es el punto de partida de *Historia de Tlaxcala*, crónica que se edita por primera vez en 1891, al hallarse una copia de la misma en la Biblioteca Nacional de París.

⁴ Cristóbal del Castillo, nacido en 1526 (?) y fallecido en 1604 (?). Se desconoce a qué pueblo perteneció y si fue indígena o mestizo; sí se sabe que no fue mexica. De sus crónicas *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos* (1597-1600) e *Historia de la conquista* (1596-1599) se han hallado escasos fragmentos que se conservan en el Fondo de Manuscritos Mexicanos de la Biblioteca Nacional de París. Francisco del Paso y Troncoso fue quien tradujo y publicó la obra por primera vez en 1908.

posicionamiento enunciativo y a algunos de los elementos que lo conforman: la adscripción étnica y, en relación a esto, los objetivos del autor, no tanto el porqué de la escritura (recordemos que varias crónicas mestizas son escritas por pedido de los funcionarios coloniales) sino qué historia cuenta el enunciador y desde qué lugar lo hace. De esta manera, intentaré demostrar algunas de las muchas y muy relevantes diferencias que tienen las crónicas mestizas y que iluminan el análisis de los textos del período.

Entonces, por un lado, Diego Muñoz Camargo, intérprete e historiador tlaxcalteca, mestizo, destaca en su texto la ayuda prestada por Tlaxcala durante la empresa de conquista como reclamo de privilegios para sí y para la nobleza tlaxcalteca. El enunciador se presenta como voz autorizada para realizar dicha demanda a través de su claro posicionamiento del lado del español (“nosotros”, “los nuestros”, “nuestros españoles”, dirá en innumerables oportunidades) y su pertenencia a la historia del pueblo materno al que restituye su carácter de vencedor, nexos con lo indígena que a lo largo del texto releva, transforma, elide. En su crónica relata esta historia que no se ha contado sobre Tlaxcala basándose en fuentes orales y escritas, de tradición indígena y occidental.⁵

Diferente es el caso de Cristóbal del Castillo. Aquí no encontramos una clara adscripción étnica ni ésta puede deducirse de la lectura,⁶ aunque se desprende del texto que no era mexica. Por esto, el enunciador no exige privilegios personales ni colectivos sino que pretende reivindicar el lugar de los pueblos no mexicas en la historia de México, denunciar la tiranía a la que se vieron sometidos y que, con la conquista y aunque de diversa forma, continúa.⁷

En ambas crónicas, el relato de la Noche Triste se despliega siguiendo la misma estructura: huida en silencio de los españoles, grito de una mujer que los ve escapar, arremetida inmediata de los mexicas (feroz para Muñoz Camargo, casi justificada para Del

⁵ Remite, por ejemplo, a autores como Cortés, López de Gómara, Motolinía, Mendieta, Sahagún, entre otros.

⁶ Para algunos críticos, pertenecía a algún pueblo del área de Texcoco (Pastrana Flores, Miguel, *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, México, UNAM, 2009, p. 255). Para otros, probablemente era un indígena o un mestizo con cultura indígena que habla en nombre de algún pueblo del Valle de México para demostrar el carácter tirano de los mexicas (Navarrete Linares, Federico, “Estudio preliminar”. En Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001, p. 13).

⁷ Las fuentes que utiliza Del Castillo en su crónica no son claras. La única mención explícita a una fuente escrita es al calendario prehispánico, que puede referirse a una recopilación hecha por los frailes franciscanos en los primeros años después de la Conquista, como fray Toribio de Motolinía o Andrés de Olmos (Navarrete Linares, op. cit., p. 66). Otra fuente posible es el Libro XII de Sahagún, fundamentalmente el capítulo dedicado a la llegada de los doce franciscanos, pero no en lo referente a la Noche Triste. Del Castillo no parece haber tenido acceso a códices pictográficos pero sí de su texto se desprende información proveniente de la tradición oral y de fuentes escritas en alfabeto latino.

Castillo), cruenta batalla en las calzadas de la ciudad y salida de Tenochtitlán de los pocos españoles y tlaxcaltecas que logran sobrevivir.

Muñoz Camargo privilegia la perspectiva española como si fuese un soldado más. Hace hincapié en que los españoles, escapando temerosa y cuidadosamente por Tacuba, intentan no ser sentidos. La “vieja” que los descubre es el demonio y su grito, una profecía: “¡Ea mexicanos! ¿Qué hacéis? ¿Cómo dormís tanto que se os van los dioses que tenéis encerrados? ¿Qué hacéis hombres descuidados? Mirad no se os vayan, tornad por vosotros y matadlos y acabadlos porque no se rehagan y vuelvan sobre vuestra ciudad con mano armada”.⁸ Aquí, los españoles son dioses y los mexicas, sus carceleros. El grito anuncia la futura guerra sobre México y el “descuido” con que se describe a los mexicas anticipa su derrota final.

Del Castillo narra desde una perspectiva más indígena, casi como un espectador de la lucha que, desde las barcas de los mexicas que se amontonan en las acequias, observa el encuentro. Antes de comenzar el relato de la huida de Tenochtitlán, recuerda la matanza del Templo Mayor, suavizada, hasta se puede decir elidida en Muñoz Camargo, en la que los españoles “mataron a mansalva (a los mexicas) cuando les ordenaron falsamente que hicieran su fiesta” (p. 139), relato con el que anticipa su posicionamiento. Hace hincapié en que, antes de escapar, los españoles vaciaron el palacio de Motecuhzoma, ya que únicamente aprecian el oro y la plata:

se llenaron las bolsas, hasta la boca las llenaron de oro y plata. No se fijaron para nada en los preparativos de la guerra, pues empacaron todo el oro y la plata y llenaron sus bolsas. Y una vez que llenaron de esa forma sus bolsas, se alegraron mucho, gozaron mucho, puesto que se irían, se perderían en la noche. (p. 141)

Aquí, los descuidados son los españoles. El enunciador da cuenta de la improvisación, la ambición agravada por la jactancia y la impunidad del hurto. El cuerpo del español se recubre de oro que, paradójicamente, será motivo principal de su muerte.⁹ Más adelante dirá que “fue a causa de todo el oro y la plata que habían cargado sobre sus espaldas, con el que llenaron sus bolsas, que se hicieron pesados, que se hundieron en el agua” (p. 147), eximiendo

⁸ Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, edición de Luis Reyes García, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998, p. 216. De aquí en adelante los números de página corresponden a esta edición y figurarán entre paréntesis.

⁹ Tanto así que alivianan dicha carga en el momento en que deben optar por el oro o su vida.

a los mexicas de la crueldad o, al menos, minimizando la ferocidad que sí describe Muñoz Camargo.

Por otro lado, el historiador tlaxcalteca destaca que la derrota se debió, en gran parte, no a la ambición¹⁰ y consecuente despreocupación por las armas como señala Del Castillo sino a la violencia de los mexicas y a las particulares condiciones de la ciudad: acequias, lagunas, ciénagas, pantanales “teñidas y vueltas en pura sangre” que convierten y pervierten a Tenochtitlán. Ya no será esta la ciudad magnificente que describen las crónicas de tradición occidental sino trampa siniestra y escena del desastre, cubierta de cuerpos, gritos y sangre, conmovida “como si la tierra temblara” (Del Castillo, p. 147).

El discurso de Muñoz Camargo parece detenerse en el horror vivido por los españoles: “no se puede con palabras ni por pluma encarecer” (p. 217), “verlo era la cosa más horrible y espantosa que se vio jamás” (p. 216), “una de las más sangrientas peleas y batallas que jamás en el mundo se ha visto” (p. 217) y aclara que la lucha fue de “los nuestros” contra “los leones fieros, encarnizados y hambrientos” que combaten con ira, ímpetu y furia (p. 217). Los españoles solo se defienden de este ataque, un ataque por sorpresa, artero, en el que, dice, mueren 450 de ellos y 4000 “amigos de Tlaxcala”, dato importante si tenemos en cuenta la invisibilidad de este pueblo en la historia de la conquista y el lugar que el enunciador pretende restituirle. De alguna manera, Del Castillo también se hace eco de esta restitución y describe a los tlaxcaltecas no como enemigos de los mexicas sino como pueblo sujeto a los españoles y por esto, aunque a otro nivel, víctima de ellos. Señala, por ejemplo, que eran los encargados de llevar las tarimas y arrastrar el cañón (porque los españoles cargaban los lingotes y ladrillos de oro que habían fundido), de guiar a los españoles y de marchar a la vanguardia. Luego explicará que quienes lograron escapar fueron aquellos que estaban en la retaguardia, pues pasaron sobre los cuerpos de los “amigos tlaxcaltecas”, algunos españoles y caballos que anegaban el canal (p. 147).¹¹

¹⁰ La única referencia que hace Muñoz Camargo al oro de Motecuhzoma es que Cortés mandó fundirlo recién cuando muere el *tlahtoani* y que lo cargaban los tlaxcaltecas (p. 220).

¹¹ Como señala Añón, en *Historia de Tlaxcala* hay una especial atención a las historias individuales y a los nombres propios (op. cit., p. 206). Es así que narra los microrelatos de la muerte en combate de Juan de Salazar, el valor de María de Estrada al manejar la espada y la rodela (p. 217) y la conocida historia del salto de Alvarado (p. 218). También relata que el capitán tlaxcalteca Antonio Temaxahuitzin “con su escuadrón” fue, en realidad, quien libró a Cortés de los mexicas, quienes se lo llevaban para sacrificio, y que recién después de esto lo asistieron otros soldados españoles que son los que, final e injustamente, quedaron en la historia. Además, señala que los tlaxcaltecas se lamentan por la “guerra en que tan injustamente se nos ha movido” (p. 218-219) mostrándolos como grupo totalmente identificado con las huestes españolas. Pero la restitución se observa también en la fuerza con que el enunciador marca la presencia tlaxcalteca al finalizar la Noche Triste: gracias a ellos, logran dar con el camino justo para huir de Tenochtitlán y rehacerse en Tlaxcala, “que era ya tenida como su patria y morada, amparo y defensa” (p. 221)

Otra diferencia significativa es la visión crítica del enunciador de *Historia de la conquista* respecto de los españoles y su accionar desde el encuentro con Motecuhzoma en Tenochtitlán. Fuertes observaciones contra Pedro de Alvarado (a quien llama “el malvado capitán Tonátiuh”, p. 137), la avidez de los españoles por el oro y la mención al ahorcamiento de Cuauhtémoc y tantos otros capitanes a manos de Hernán Cortés (p. 163),¹² entre otras cuestiones, lo aproximan más a la tradición indígena que a la occidental. Pero también la vehemencia con que reclama a los españoles el violento reemplazo de su cultura por la occidental en un mundo aún conmovido por las guerras de conquista. Del Castillo presenta un particular modo de contar la historia, casi novelada, que atiende al detalle incesante y a las reiteraciones, típicas de la lengua original, el náhuatl.

Ambos textos hacen uso de la metáfora, recurso que parece exacerbarse en el relato de la Noche Triste (“las velas durmiendo en profundo sueño”, p. 216), particularmente al narrar el momento del feroz encontronazo: “parecía que el mundo se acababa” (Muñoz Camargo, p. 216), “sólo andaban perdidos, como si se hubieran emborrachado” (Del Castillo, p. 147). Estas son solo algunas de las que dan cuenta de la perplejidad para ambos bandos y el carácter definitorio de esa batalla, una bisagra en la historia de cada pueblo.¹³

Muñoz Camargo relata desde una retórica que sigue más de cerca las crónicas de tradición occidental, con un “orden desordenado”¹⁴ producto, entre otras cuestiones, de la utilización de distintas fuentes y de la fuerte rememoración del pasado de su pueblo. Esto produce un vaivén discursivo constante entre pasado y presente, al relacionar un lugar concreto de la historia (por ejemplo, uno de los canales desde donde son vistos los españoles al huir) con casas o palacios construidos sobre aquellas ruinas, intento de reubicación para el lector colonial pero, a su vez, muestra de que la conquista erigió la ciudad donde no había civilización. Este ir y venir, esta suerte de inadecuación es, también, rasgo característico de las crónicas mestizas.

Para Muñoz Camargo, la Noche Triste es una encerrona fatal que permite a los españoles dar muestras de su valor y fiereza en las peores circunstancias, en la que luchan

¹² Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001. De aquí en adelante todas las citas corresponden a esta edición y se indicarán entre paréntesis.

¹³ Muñoz Camargo hace hincapié en la multitud de mexicas que atacaron a españoles y tlaxcaltecas (“tantas gentes”, “no cabían unos ni otros”, “multitud”, “gente tan innumerable”, pp. 216-217), mientras que la mirada de Del Castillo se posa en lo auditivo: “nadie alzaba la voz, nadie hablaba fuertemente” (p. 143), “Sonó claramente el llamado” (p. 145), “La multitud de guerreros daba gritos, se daban alaridos” (p. 145), “Inmediatamente dio voces y dijo ¡Mexicas tenochcas! ¡Venid corriendo, apresuraos, porque están saliendo a escondidas vuestros enemigos, están por perderse en la noche!” (p. 143).

¹⁴ Añón, Valeria, “Tramas de la violencia”, en *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*, Buenos Aires, Corregidor, 2012, p. 204.

mano a mano con los tlaxcaltecas contra los crueles mexicas. Para Del Castillo, en cambio, es una muestra más del accionar español: la crueldad del Templo Mayor anticipa de alguna manera la cobardía de la huida y los españoles son víctimas, no de los mexicas, sino de su ambición.

Para finalizar, los objetivos del autor de toda crónica mestiza signan su escritura. Ya los títulos de estas crónicas, si bien no fueron ideados por los autores, reflejan gran parte del lugar enunciativo: Del Castillo da cuenta de cómo los pueblos no mexicanos fueron conquistados sucesivamente, tanto por los mexicas como, luego, por los españoles, criticando su historia de sujeción, una interminable cadena en la que la conquista es un eslabón más; Muñoz Camargo releva qué historia le interesa (y debería interesar) además del derrotero de los españoles: la historia de Tlaxcala, la gran aliada de la conquista.

Entonces, si un episodio en concreto puede leerse desde perspectivas diferentes porque sus sujetos enunciativos, su contexto de producción y la historia de cada cronista difieren, las crónicas mestizas no deben ser leídas como continuaciones o meras copias de las crónicas de tradición occidental ni emparentadas ideológicamente con la visión española. Mucho más complejo que esto pero más útil a los fines críticos es profundizar en su enunciación cambiante que ora releva el pasado indígena ora celebra la conquista, pero siempre en un continuo ir y venir discursivo que necesita ser desentrañado texto por texto. Este análisis confrontativo que propongo, hecho muy velozmente y sin la profundidad que el tema amerita, pretende comenzar a dilucidar muchas de las diferencias y riquezas de estas crónicas tan citadas pero muy poco abordadas desde sus tensiones y cruces retóricos.

Referencias bibliográficas

- Añón, Valeria, “Tramas de la violencia”, en *La palabra despierta. Tramas de la identidad y usos del pasado en crónicas de la conquista de México*, Buenos Aires, Corregidor, 2012.
- Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001.
- Gibson, Charles (1991), *Tlaxcala en el siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Lienhard, Martin, “La crónica mestiza en México y en Perú hasta 1620: apuntes para su estudio histórico-literario”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (17), 105-115, 1983.
- Muñoz Camargo, Diego, *Historia de Tlaxcala*, edición de Luis Reyes García, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998.
- Navarrete Linares, Federico, “Estudio preliminar”. En Del Castillo, Cristóbal, *Historia de la venida de los mexicanos y de otros pueblos e Historia de la conquista*. Traducción y estudio introductorio Federico Navarrete Linares, México, Conaculta, 2001.
- Navarrete Linares, Federico, “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo”. En Romero Galván, José Rubén (Ed.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, vol. I, México, UNAM, 2003, pp. 281-300.
- Pastrana Flores, Miguel, *Historias de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, México, UNAM, 2009.
- Reyes García, Luis, “Introducción”, en Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, Tlaxcala, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998, pp. 5-61.
- Vázquez Chamorro, Germán, “Introducción”, en Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, Madrid, Dastin, 2003, pp. 5-66.
- Velasco, Salvador, *Visiones de Anáhuac. Reconstrucciones historiográficas y etnicidades emergentes en el México colonial: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo y Hernando Alvarado Tezozómoc*, México, Universidad de Guadalajara, 2003.

